

Negros, mulatos, esclavos y libertos en la Costa Rica del siglo XVII

RINA CÁCERES



Primer lugar premio *Ricardo Caillet-Bois* 1997
Instituto Panamericano de Geografía e Historia

EDITORIAL
UCR

Negros, mulatos, esclavos y libertos en la Costa Rica del siglo XVII

RINA CÁCERES

Primer lugar premio *Ricardo Caillet-Bois* 1997
Instituto Panamericano de Geografía e Historia



972.86

C118n Cáceres, Rina.

Negros, mulatos, esclavos y libertos en la Costa Rica del siglo XVII / Rina Cáceres. – 1. edición. – San José, Costa Rica : Editorial UCR, 2020.

1 recurso en línea (xiii, 133 páginas) : ilustraciones en blanco y negro, mapas en blanco y negro, digital, archivo de texto, PDF; 26 MB

Primer Lugar Premio Ricardo Caillet-Bois, 1997, Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

ISBN 978-9968-46-833-6

1. COSTA RICA – HISTORIA – SIGLO XVII. 2. NEGROS – COSTA RICA. 3. ESCLAVITUD EN COSTA RICA – SIGLO XVII. I. Título.

CIP/ 3479

CC.SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Primera edición impresa por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia: 2000.

Primera edición digital Editorial UCR (PDF): 2020.

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEDUCA), perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Esta es una edición facsimilar. Por lo tanto se respecta la ortografía de la época y se mantienen las posibilidades técnicas de ese momento.

Diseño y diagramación: *Instituto Panamericano de Geografía e Historia* • Realización del PDF: *Alonso Prendas*
Diseño de portada y control de calidad de la versión digital: *Elisa Giacomini* • Imagen de portada: *Un employé du gouvernement: sortant de chez lui avec sa famille*, 1835. Grabado, Jean-Baptiste Debret.

© Editorial de la Universidad de Costa Rica. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción de la obra o parte de ella, bajo cualquier forma o medio, así como el almacenamiento en bases de datos, sistemas de recuperación y repositorios, sin la autorización escrita del editor.

Edición digital de la Editorial Universidad de Costa Rica. Fecha de creación: enero, 2020.

Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.

Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr • www.editorial.ucr.ac.cr

Índice

Presentación	XI
Agradecimientos	XIII
Introducción	1
I. América Central, la provincia de Costa Rica y el siglo XVII	9
El siglo XVII.....	9
La región: América Central.....	13
La provincia de Costa Rica.....	14
El trabajo indígena.....	21
Las políticas militares en la provincia de Costa Rica en el siglo XVII.....	26
El factor interno	27
El factor externo	29
La organización miliciana.....	31
Economía y sociedad.....	33
II. La esclavitud en Costa Rica en el siglo XVII	41
La esclavitud	41
Economía y esclavitud.....	45
Venta y precios de esclavos	48
Los testamentos y las dotes	59
Las donaciones	63
Esclavos en otras transacciones	65
Importancia económica de la esclavitud	69
Perfil de las personas esclavizadas en el siglo XVII.....	70
Perfil de los propietarios de esclavos	74
Las manumisiones	80
El cimarronaje.....	85
III. De negros, mulatos y pardos libres	87
Asentamiento y tributo	87
La Puebla de los pardos	91
Las milicias pardas en el siglo XVII	98
Oficios, servidumbre y trabajo	105
Los oficios	105

El trabajo doméstico y la prestación de servicios	110
Otras actividades económicas	114
Conclusiones	117
Bibliografía	123

Índice de cuadros

1. Registro de la población durante el período colonial	3
2. Distribución étnica de la población (1777-1778)	5
3. Incursiones durante el siglo XVI	15
4. Distribución del espacio urbano en la ciudad de Cartago	19
5. Obligaciones de los pueblos en 1663	24
6. Población de los pueblos de Costa Rica	26
7. Enfermedades en el siglo XVII	35
8. Carestía de alimentos en el siglo XVII	36
9. Producción de cacao	38
10. Actividades de la población en 1691	39
11. Volumen migratorio de esclavos	42
12. Total de transacciones de esclavos por tipo	46
13. Ventas de esclavos por edad y años	57
14. Precios de bienes y trabajo en 1650	58
15. Familias propietarias de esclavos	59
16. Transacciones de esclavos y valores por quinquenio. Cartago, siglo XVII	69
17. Castas de esclavos	70
18. La familia Echavarría	74
19. Los encomenderos del Valle Central	76
20. Oficiales y maestros de castas. Cartago, siglo XVII	108
21. Aprendices de oficios durante el siglo XVII	109

Gráficos

1. Cantidad de transacciones por tipo	46
2. Precios promedio por edad para las ventas (sexo masculino)	49
3. Precios promedio por edad para las ventas (sexo femenino)	49
4. Precios promedio de las ventas (para todos los esclavos)	56
5. Precios promedio de las dotes (para todos los esclavos)	56
6. Precios promedio por edad para las dotes (sexo masculino)	62
7. Precios promedio por edad para las dotes (sexo femenino)	62

Introducción

Las páginas siguientes resumen los primeros resultados sobre el estudio de la población de origen africano en la provincia de Costa Rica durante el siglo XVII¹, en el marco de una investigación más amplia que llevo a cabo y que tiene como objetivo reconstruir la experiencia de la inmigración africana en Centroamérica durante el período colonial. Aquí damos cuenta en particular de la dinámica creada en torno a la ciudad de Cartago, capital colonial, sin entrar a analizar la sociedad del Corregimiento de Nicoya por no formar parte de Costa Rica hasta 1824.

Los estudios de historia social y en particular las investigaciones sobre la estructura de los diferentes grupos de población en el período colonial temprano en Costa Rica son muy escasos. Más aún si nos referimos a las poblaciones de ascendencia africana. La investigación historiográfica, bastante desigual en cuanto a resultados, ha privilegiado los siglos XVI y XVIII, y sólo en los últimos años el siglo XVII empezó a ser motivo de discusión.

En el resto de la región centroamericana —no mencionamos aquí a Panamá por no formar parte en ese entonces del Reino de Guatemala, aunque es referencia obligada en toda investigación por su vecindad con la provincia— se ha avanzado también poco en lo que a población negra y mulata se refiere. Salvo las referencias de Lutz para el caso de Santiago de Guatemala, el estudio de Palomo de Levin para la capital del Reino en el siglo XVIII, Romero para Nicaragua o el estudio de Leiva para Honduras, y Aguilar Bulgarelli para Costa Rica, está por reconstruirse el universo social de la población de ascendencia africana tanto libre como esclava a nivel centroamericano. E igual que en el caso de Costa Rica, en el resto de los países de la región se niega, o se considera marginal, la participación de estas poblaciones en la conformación de la identidad nacional.

El discurso histórico oficial sobre la nacionalidad costarricense, expresa como premisa básica, la excepcionalidad de su desarrollo frente al contexto regional y esto como resultado de tres factores históricos: la pobreza general de la sociedad en el período colonial, que no creó distinciones sociales, la homogeneidad de su población, la mayoría blanca, de origen español, similar a la de Argentina y Chile, con escasa población indígena, y la ausencia de conflictos violentos en su historia

¹ Presentados como tesis doctoral en Historia en la Universidad Iberoamericana, México, D.F., 1996. La investigación se titula "Inmigración africana y esclavitud en Centroamérica", CIHAC, en curso.

de donde su tradición civilista, que culminaría con la ausencia de un ejército. Todo ello en referencia al resto de Centroamérica: de mayor riqueza en el período colonial, de mayoría indígena y desde siempre en conflictos armados,² puntualiza el estereotipo, marginando, ignorando o "invisibilizando" la diversidad cultural de la que somos hijos y herederos. Así, en el temario de la historia de Costa Rica no aparece el tema de la población negra y mulata en el período colonial ni mucho menos la práctica de la esclavitud.

Contrasta este planteamiento con las múltiples referencias en los documentos históricos sobre la población de ascendencia africana en Costa Rica en el período colonial. Algunos de ellos recogidos en estudios pioneros. Don Carlos Meléndez distingue tres momentos en la llegada de población de origen africano: una primera etapa con la llegada de los conquistadores, otra en el período colonial y por último en el período republicano con la construcción del ferrocarril y el desarrollo de plantaciones de banano en la costa atlántica.³

Ciertamente, por lo menos Gil González Dávila, Fernández de Córdoba, Sánchez de Badajoz y Diego Gutiérrez, se hicieron acompañar, en sus campañas de exploración, de esclavos negros en un número indeterminado. Posteriormente, cuando Juan de Cavallón entró al Valle Central e inició el asentamiento español permanente en lo que sería la provincia de Costa Rica, lo hizo en compañía además de españoles, de negros.

Podemos tener una idea aproximada de la evolución de la población al observar los datos presentados por Monseñor Thiel en el Cuadro 1.

Debemos anotar que en la columna de mulatos, Thiel incorpora además a los zambos y posteriormente a los pardos, sin definir las diferencias entre unos y otros.⁴ Observamos un crecimiento sostenido de la población mulata y negra incluso mayor que la de los mestizos hasta la cuarta década del siglo XVIII, cuando este último grupo lo superó demográficamente. Posiblemente, argumenta Carlos Meléndez, el predominio del sector masculino dentro de los esclavos en cierta manera lo obligó a mezclarse y ello explicaría el alto número de mulatos, sobre los que habría recaído, indica Aguilar Bulgarelli, el peso de la esclavitud.

² Muchos historiadores han retomado este planteamiento, incluimos un extracto de este discurso tomado del libro *Origen y desarrollo de la Democracia en Costa Rica*, de José Francisco Trejos, y que circula en muchas bibliotecas fuera del país, y que se mantiene en el imaginario costarricense:

...a la llegada de los conquistadores se fueron distribuyendo entre ellos parcelas de tierra, de manera que al finalizar el siglo XVI eran todos agricultores, con sus cultivos y hatos de ganado, fundando sus hogares en el campo, que siempre ha sido fecundo en bienestar, igualdad y fraternidad... los colonos tuvieron... que someterse a la realidad de la vida agrícola organizando la sociedad en un ambiente campesino...

...los españoles de Costa Rica se vieron reducidos a la mayor pobreza y a tener que cultivar la tierra con sus propias manos para no perecer de hambre (pp. 15 y 16).

En Costa Rica la raza blanca es la preponderante, por la escasez del indio y por la casi ausencia del negro; la propiedad fue bien distribuida entre los colonos, desde 1567 en que se efectuó el primer repartimiento de tierras... los terratenientes no se enriquecieron a costa del trabajo esclavo, que no lo hubo... y en cuanto a la aristocracia no la tuvimos, ni con propiedades ni con blasones (p. 30).

...la convivencia de indios, criollos y españoles formaron la gran familia costarricense, imprimiéndole un carácter social poco común en América, debido a que ha sabido mantenerse exento de clases privilegiadas... en un ambiente de libertad, aislamiento y pobreza... (p. 32).

Meléndez, "Los orígenes de los esclavos africanos en Costa Rica", XXXVI Congreso de Interamericanistas, separata del vol. 4, Sevilla, 1966, p. 100.

Debemos llamar la atención sobre los datos de 1700, en el cuadro resumen de Monseñor Thiel que presentamos aquí y el cuadro desagregado según los libros parroquiales donde la suma da 1,291 y no 2,291 personas. *Op. cit.*, p. 67.

Cuadro 1
Registro de la población durante el período colonial

<i>Año</i>	<i>Españoles</i>	<i>Indígenas</i>	<i>Mulatos</i>	<i>Negros</i>	<i>Mestizos</i>	<i>Total</i>
1522		27,200				
1569	113	17,166	170	30		17,479
1611	330	14,908	250	25	25	15,538
1700	2,146	15,489	2,291	154	213	19,293
1720	3,059	13,269	2,193	168	748	19,437
1741	4,687	12,716	3,065	200	3,458	24,126
1751	7,807	10,109	2,987	62	3,057	24,022
1778	6,046	8,104	6,053	94	13,915	34,212
1801	4,942	8,281	8,925	30	30,413	52,591

Fuente: Thiel, "Monografía para la población de Costa Rica", en *Revista de Costa Rica*, San José, 1921.

Sin embargo, deben hacerse algunas precisiones en cuanto a las cifras y el argumento dados por Thiel para la población negra. Para el año 1569 los datos corresponderían a mulatos y negros del Corregimiento de Nicoya y de la costa, y no de lo que entonces era el territorio de la provincia de Costa Rica. Sin embargo, el corregimiento había sido creado en 1550, indica Claudia Quirós, con únicamente siete pueblos de indios y no existiendo asentamientos ladinos ni de españoles hasta la segunda mitad del siglo XVIII. Thiel deriva sus datos de "cálculos basados en los documentos de los siglos XVI y XVII",⁵ sin precisar referencia documental alguna que confirme esta información. Para el año 1720⁶ la cantidad registrada en la columna, negros, posiblemente no haya incluido a la población esclavizada que fue introducida ilegalmente, porque el número de los decomisados reportados por las autoridades resulta superior al consignado en los reportes de las autoridades.

Sin embargo, la crítica fundamental gira en torno a los cálculos demográficos del Obispo Thiel. El Dr. Pérez Brignoli⁷ llama la atención, entre otras cosas, sobre el hecho de que los datos sobre etnia se basan en los libros parroquiales, los cuales no constituyen una fuente coherente, ya que dependía de la valoración personal de cada cura encargado de los registros. Hay además una sobredimensión del número de españoles en detrimento de los mestizos, evidente cuando se cruza su información con otros documentos que brindan información demográfica, en particular los padrones de 1777 y 1778. Según Thiel los españoles representaban el 22% de la población y los mestizos el 52%, mientras que según los padrones serían el 10% y el 60% respectivamente. Los mulatos y los negros pasarían de representar el 14% a ser el 18% del total de la población y los indígenas el 12% en lugar del 11% asignado por el Obispo.

⁵ *Op. cit.*, p. 59.

⁶ Aguilar Bulgarelli, *ibid.*

⁷ Pérez Brignoli Héctor, "La población de Costa Rica según el Obispo Thiel", en avances de investigación no. 42, Centro de Investigaciones Históricas de América Central, 1988.

Sobre el origen de la población africana, Meléndez dice que en el siglo XVII predominaron los de origen bantú, dentro de ellos fue superior el de los congos al de los angola, en una relación de dos a uno; y que fueron ocupados en tres actividades principales, en las ciudades a cargo de los servicios domésticos y artesanales y en las áreas rurales como trabajadores de campo. Un importante grupo de libertos, continúa Meléndez, “empezaron a partir de 1655 a concentrarse en la parte oriental —de la capital—, hasta llegar a constituir La Puebla de Pardos, en el lugar en que veinte años atrás se rendía culto a una imagen de piedra que más tarde sería la patrona de Costa Rica”. La religión, concluye, parece haber jugado un papel preponderante en la concentración de mulatos, zambos y negros.⁸

Sobre el siglo XVIII las hipótesis y los resultados son mayores. Aguilar Bulgarelli establece un período entre 1690 y 1740 como el de más referencias de ventas, cartas, dotes, hipotecas, donaciones, herencias y liberaciones, producto de la explotación cacaotera. En este punto coinciden Carlos Meléndez en su libro *El Negro en Costa Rica* y Lowel Gudmunson, en *Mestizaje y población*, cuando afirman que fue el cultivo del cacao en la costa atlántica el que incentivó el uso de mano de obra esclava, aunque señalan también que debió de emplearse en el norte del país y en el Valle Central.

Según Meléndez el origen de los esclavos cambió con respecto al siglo anterior, siendo predominantemente minas, en una relación de tres a dos, con respecto a los bantú,⁹ aunque al avanzar el siglo aparecieron más bien los esclavos criollos, resultado, explica, de un posible estancamiento y decaimiento del trabajo esclavo producto de factores de índole económica —el precio en el mercado de la provincia habría tendido a la baja, pasando de 500 pesos en el siglo XVI a 150 pesos en el siglo XVIII— y puesto en evidencia por la mayor frecuencia de actos de liberación. Estas manumisiones las observa Aguilar Bulgarelli con mayor frecuencia a finales del siglo XVIII. Los manumitidos habrían entrado en negociaciones de arriendo con los cultivadores de cacao, ya en decadencia, especialmente a través del arriendo de las plantaciones por tiempo limitado.¹⁰

Hacia finales de siglo se observa una mayor concentración de negros y mulatos fuera de la capital. En el Cuadro 2 vemos cómo la ciudad de Esparza en la costa del Pacífico tuvo un porcentaje mucho mayor de mulatos y negros que las ciudades del valle central, donde el grupo de mestizos fue superior al de los demás.

Este creciente número de mulatos y mestizos en la provincia de Costa Rica debe verse como parte de un intenso proceso de mestizaje entre los diferentes grupos de población. Según Acuña y Chavarría ya para mediados del siglo XVIII habían surgido en todos los ejidos de la capital barrios que albergaban a un gran número de individuos de sangre mixta que no tenían acceso a la tierra en el perímetro urbano de la ciudad.¹¹ El crecimiento demográfico y la presión sobre la tierra provoca-

⁸ Meléndez, *ibid.*, p. 101.

⁹ Meléndez, *ibid.*, p. 102.

¹⁰ Aguilar Bulgarelli, *ibid.*, p. 7.

¹¹ Acuña y Chavarría, “Función socioeconómica de los grupos de sangre mezclada en la sociedad colonial cartaginesa, un acercamiento a su vida cotidiana, 1738-1821”, en *Primer Encuentro Centroamericano de Historiadores*, Honduras, julio 1992, mimeo, p. 6.

Cuadro 2
Distribución étnica de la población (1777-1778)

<i>Lugar</i>	<i>Españoles</i> %	<i>Mestizos</i> %	<i>Mulatos-Negros</i> %
Cartago	9	65	26
San José	11	73	16
Heredia	14	74	12
Esparza	11	7	82
Ujarras	5	78	17

Fuente: Héctor Pérez Brignoli, "La población de Costa Rica según el Obispo Thiel", p. 8.
ANCR Serie Complementario Colonial, nos. 3608,3604, 399,3600,3602.

ron una serie de conflictos por la posesión del suelo entre éstos y los herederos de los españoles fundadores de la ciudad como también con los indígenas por la posesión de sus tierras comunales.

Poco a poco los mulatos, mestizos y castas en general de los barrios de la capital, Arrabal,¹² Chircagres, Tejar, Taras y Aguascalientes, se convirtieron en importantes proveedores de productos básicos: maíz, trigo, frijoles, plátanos y en algunos casos azúcar y tabaco para el mercado local de alimentos. Para finales del siglo XVIII los mulatos habían logrado afianzarse en la actividad cacaoñera como propietarios o arrendatarios y poco a poco se incorporaron a las actividades artesanales, fomentadas entre otros por las medidas de la autoridad de colocar hijos de madres solteras a aprender oficios en los talleres. Se dio muchas veces una complementariedad entre las labores agrícolas y las artesanales, entre el trabajo doméstico y el productivo,¹³ sin ser extraños los casos de esclavos que fungían como sastres y sirvientas como hilanderas. Las autoras mencionan otras dos actividades como espacios de la población mulata: la actividad militar y la servidumbre.

Moya¹⁴ indica que entre 1750 y 1820 el número de criados y esclavos domésticos fue el más alto. Del estudio de una muestra de 25 mortuales y del padrón de 1778 concluye que en el seno de 61 familias trabajaron 516 criados, de los cuales 418 fueron negros y mulatos, el 59% de ellos mujeres.¹⁵

Por último, indica Gudmunson que la movilidad social de la población negra, mulata y parda estuvo determinada por la manumisión y el mestizaje. La manumisión dominante en Costa Rica fue la que se logró a través de la compra, que valora

¹² No queda claro si este Arrabal es de Taras, Tejar, barrio de indígenas o mestizos, o el de la Puebla de los Pardos.

¹³ Acuña y Chavarría, *ibid.*, p. 18.

¹⁴ Moya, "La servidumbre doméstica en la Ciudad de Cartago, 1750-1820", en *Primer Encuentro Centroamericano de Historiadores*, Honduras, julio 1992, mimeo, p. 14.

¹⁵ La condición de estos criados es incierta. Moya y Gudmunson suponen que fueron esclavos, sin embargo nos surge la duda al observar que en el citado padrón, por ejemplo, los hijos de mulato y mestiza y los de negra y mestizo fueron incluidos en la casta del padre. Contrariamente, en condiciones de esclavitud era la madre la que garantizaba la continuidad de la esclavitud, y los hijos eran incluidos en su padrón, por lo que sería plausible que estos criados fueron más una servidumbre urbana que esclavos de servicios.

como positiva frente a la gratuita. El alto grado de manumisión fue señal también, indica, de una economía estancada que no tenía dónde invertir su mano de obra esclava.

La esclavitud fue abolida en Costa Rica en 1824 dándose por decreto la libertad, dice Meléndez, a 89 personas, aunque Aguilar Bulgarelli indica que dado el alto número de transacciones que se observan en la década anterior debieron de ser muchos más.

Varios puntos surgen de estos primeros pasos dados por la historiografía. Lo primero es la constatación de la presencia de población negra y mulata en condición de esclavitud en el siglo XVI con los conquistadores. Lo segundo es la existencia de un fuerte mestizaje en el siglo XVIII, que se venía observando desde el siglo anterior, que dio como resultado, entre otros, la formación de un segmento de mulatos, ubicado, en la segunda década, en diferentes posiciones sociales: en la agricultura como campesinos y arrendadores, en la artesanía, en las milicias y en los oficios domésticos. Tercero, es la existencia de una fuerte diferenciación social y económica en la vida colonial, donde un reducido sector de la población de Cartago tuvo una importante fortuna que la diferenció del resto de la población, fortuna que fue traída de afuera o formada con la explotación del cacao de principios del XVIII y que ante la baja demográfica indígena propició la esclavitud para las plantaciones de cacao o para el servicio doméstico.¹⁶

Varias preguntas surgen después de estos primeros resultados: ¿Fue significativa la presencia de la población negra, mulata y parda antes del siglo XVIII? ¿Fue una población marginal que sólo hasta el ciclo del cacao asumió una presencia visible? ¿Qué importancia económica y social tuvo para la sociedad colonial? ¿Cuál fue su papel en la sociedad colonial?

La búsqueda de estas respuestas nos llevaron a poner atención a lo ocurrido en el siglo XVII, una centuria de cambios y desestructuraciones no sólo a nivel de la pequeña provincia de Costa Rica sino a nivel regional y mundial. Cambió la vida de muchos individuos y naciones, que caminaron paralelamente con el ocaso y surgimiento de nuevas entidades políticas pero sobre todo económicas, que dominaron el rumbo a las primeras. Fue un siglo donde el Atlántico se convirtió en el espacio de intercambio de personas, productos e ideas entre Europa, América y África.

La reconstrucción del espacio social de la población africana y afroestiza en Costa Rica fue posible a través del uso de la información registrada en los *Protocolos Coloniales Complementario Colonial* (el ramo judicial), *Guatemala* y *Cartago*, todas en el Archivo Nacional de Costa Rica (ANCR). Los documentos dieron información sobre la ciudad capital, Cartago, y algunas referencias sobre Esparza, diezmada entre 1685 y 1687 por las invasiones de los piratas, pero que mantuvo su condición de sede administrativa en un área que se extendía desde el Río Tárcoles hasta el Tempisque. Y segunda ciudad en importancia en el siglo XVII. Para el análisis de la población en condición esclava hemos usado como eje las transacciones

¹⁶ Sobre el tema de la diferenciación en el período colonial y el cuestionamiento a la retórica oficial pueden consultarse las obras de Aguilar Bulgarelli, Acuña, Fonseca y Rosés.

registradas en los protocolos de Cartago, que ofrecen una información abundante que pudo ser recuperada de manera serial. En el caso de esta investigación hemos extraído información sobre más de treinta variables. Las transacciones analizadas fueron aquellas operaciones que se realizaron entre dos o más personas, en las que mediaron esclavos: ventas, dotes, donaciones, testamentos, hipotecas, empeños, permutas y manumisiones. Para el estudio de la población de ascendencia africana libre nos hemos valido además de los protocolos —que nos informaron sobre los aprendices de oficio— de las series *Complementario Colonial, Cartago y Guatemala*. También hemos utilizado la colección de León Fernández, la *Colección de Documentos para la Historia de Costa Rica* (CDHCR) y la *Colección de documentos para la Historia de la formación social de Hispanoamérica* (CDHFSH) de Richard Konetzke.

En la reconstrucción del espacio social de la población de ascendencia africana nos hemos valido de las categorías raciales —negro, mulato y pardo— para rastrear a la población de ascendencia africana en los archivos documentales. Sin embargo y como bien lo apunta García Martínez,¹⁷ estas categorías no significan en sí mismas la designación de una entidad o cuerpo social; todo lo contrario, la categoría pardo por ejemplo, como lo fue también la categoría mestizo, fue lo suficientemente heterogénea como para no permitir una lectura de sus roles y funciones sociales. Hemos tomado como punto de partida la descripción racial para entrar al mundo afromestizo y descubrir y ubicar las entidades históricas que conformaron o de las que fueron parte.

La exposición de los resultados de la investigación está dividida en tres apartados o capítulos. En el primero hacemos un análisis de la sociedad en el siglo XVII ubicando las principales características de su desarrollo. En el segundo abordamos el fenómeno de la esclavitud a partir del análisis de las transacciones de esclavos: ventas, herencias, dotes, donaciones, etcétera; además hacemos una caracterización de las personas en condición esclava y de sus propietarios, concluyendo con el tema del cimarronaje. En el tercero describimos las áreas sensibles para el régimen colonial en cuanto a la población de ascendencia africana libre y las instancias a través de las cuales fue incorporada a la estructura colonial. Por último, analizamos el origen y desarrollo de La Puebla de los Pardos, el principal asentamiento de la población afromestiza libre y las actividades económicas a que se dedicaba.

¹⁷ García Martínez, "Pueblos de indios, pueblos de castas: New settlements and Traditional Corporate Organization in Eighteenth-Century New Spain", en *Latin America Studies*, no. 58, Centro de Estudios y Documentación Latinoamericanos, 1990, pp. 104 y 113.

1. América Central, la provincia de Costa Rica y el siglo XVII

El siglo XVII

El siglo XVII bien podría ser llamado un siglo de transición, una encrucijada de modos de vida, idiomas, formas de gobierno, "esclavización",* migraciones, gestas heroicas. De crisis y revueltas. De desplazamiento de polos hegemónicos y de nacimiento de nuevas sociedades, lo mismo en Europa occidental como en África occidental, en la región del Congo y Angola o en el Reino de Guatemala y la provincia de Costa Rica. Fue el resultado de coyunturas anteriores, de sucesos ocurridos tiempo atrás, claves en el destino de miles de personas.

En Europa, por ejemplo, después de dos siglos de expansión económica, como lo fueron el XV y el XVI, el siglo XVII aparece como un siglo de decadencia para el Mediterráneo y la Península Ibérica y de surgimiento para Inglaterra y Holanda como las nuevas potencias dominantes en el escenario internacional occidental.

Ciertamente durante el siglo XVI la expansión económica¹ europea se tradujo en una expansión territorial, mas no implicó necesariamente una transformación del sistema productivo en toda Europa. Tanto España como las provincias italianas invirtieron en el pago de deudas, pesadas administraciones, construcción de edificios, artículos suntuarios, etcétera, pero sin alterar los límites de la estructura feudal. La renovación vendría más bien por el lado de Inglaterra y Holanda, y más tarde Francia, quienes se concentraron en las transformaciones de sus esquemas de organización social —desplazamiento desde el campo de masas campesinas hacia las ciudades, liberalización de la fuerza de trabajo y de la tierra, impulso a la manufactura, creación de un mercado interno, creación de un sistema comercial marítimo, por citar sólo algunos ejemplos, y postergaron su expansión territorial.

* El término "esclavización" se utiliza a lo largo de todo este texto (entre comillas) como referencia al proceso de esclavizar a un ser humano, y aunque este término no existe como tal, se tomó la licencia literaria de usarlo para distinguir este proceso del estado de esclavitud como una situación ya dada.

¹ Para un análisis del período en Europa, ver Hobsbawm, Eric, *En torno a los orígenes de la revolución industrial*, México, Siglo XXI, 1971.

Sin embargo, ambos caminos —indica Hobsbawn—, provocaron una severa crisis en las poblaciones y sociedades de la Europa del siglo XVII. Como consecuencia del empobrecimiento de los polos hegemónicos del Mediterráneo —Portugal, España, Italia— aumentó la mortalidad, recrudecieron las enfermedades epidémicas, los ciclos de hambre dominaron, se retrocedió en los procesos de industrialización, decayó el comercio, afloraron las revueltas sociales campesinas, etcétera, que habrían de afectar incluso a la América española.

Pero la crisis europea no implicó un estancamiento en todos los órdenes. El comercio en manos de holandeses e ingleses se convirtió poco a poco en la punta de lanza en la nueva dinámica internacional que estimuló la integración de redes internacionales, intercontinentales. Uno de los pilares vendría a ser la producción a gran escala de determinados productos, dirigida para un mercado internacional y ya no sólo local, con mano de obra asentada en un sitio específico. Este modelo que partía del esquema: plantación/azúcar/uso de mano de obra esclava, practicado desde tiempo atrás en Europa, transformaría el escenario internacional durante varios siglos e incrementaría a niveles extraordinarios las demandas de mano de obra en condición de esclavitud.

Uno de los espacios donde se pondría en práctica el modelo sería el Caribe, cuya toma por parte de las nuevas potencias estuvo precedida por dos hechos fundamentales. Por un lado, el desdén de la Corona española de su frente oriental en el Caribe, al que desdeñaba por el esplendor de las minas de Nueva España y Perú y al que dejó desprotegido militarmente y abandonado. Por otro, la expulsión portuguesa de los holandeses asentados en Brasil, quienes se trasladaron a las tierras marginales del norte de Sudamérica. Llegaron como perdedores de una guerra pero también como colonizadores de nuevos espacios. Llevaron consigo una sólida experiencia en agricultura de plantación, capital, tecnología, conexiones marítimas y comerciales, experiencia en el monocultivo para mercados internacionales y un sistema de trabajo esclavista que catapultará a esta región como la principal abastecedora de mercancías para un mercado internacional en la segunda mitad de los siglos XVII y XVIII y entre las importantes aun en el XIX. A mediados del siglo XVII se encontraban en Barbados, Jamaica, Haití, Martinica y St. Kitts, por ejemplo.

Bajo este esquema se llegó a producir de manera intensiva para un mercado internacional. Al uso intensivo del suelo, se le sumó el empleo de trabajadores en condición de esclavitud, que suponía la explotación y el trabajo ilimitado. Como muestra de la intensidad, los trabajadores tenían sus esperanzas de vida limitadas a un promedio de vida no mayor a los 10 años una vez incorporados en la plantación.

Sin embargo, al inicio del siglo XVII no podemos hablar de un comercio claramente estructurado de compra y venta de esclavos, como lo fue el siglo XVIII. Por el contrario fue un período de trata esclavista y piratería, dos formas primarias de comercialización, que redujo considerablemente los costos de los productos como consecuencia de la supresión de los intermediarios y la disminución de los impuestos de transporte. El robo y la estafa permitieron obtener extraordinarias ganancias.² Y la

² Hobsbawn, *op. cit.*, pp. 27 y 28.

trata permitió la acumulación de un primer excedente al ofrecer al mercado tanto esclavos como marfil, oro y especias.

Esto fue posible en un momento en que los estados, reinos, monarquías, según fuera el caso, no tenían el control de todos los espacios, económicos, políticos, y donde la población se encontraba a merced de los cambios en la frágil arena política y sin amparo institucional. He aquí algunos ejemplos.

Castilla había emprendido la toma de Granada, después de 700 años de control musulmán. Una nueva cultura había surgido al sur de la península ibérica, en donde viejas tradiciones medievales católicas habían cedido paso a nuevas formas de concebir no sólo la religión sino también el espacio, la arquitectura, la alimentación, y había enriquecido la lengua. Desde los términos alférez, alféizar, almohada, azúcar, pasando por la magnificencia de la Alhambra, hasta la cultura mestiza, sincrética, como el arte mudéjar.

Pero con el sitio y la posterior toma militar de Granada, el 2 de enero de 1492, el caos civil dio paso a la huida de miles de personas del sur de España hacia el norte y el interior de África. La reconquista española que luego inspiraría la conquista de América no se detuvo en la costa. Bajo la dirección de los castellanos pasaron el estrecho de Gibraltar y ocuparon las ciudades de Melilla, Fez, Tremecén, Argel y Túnez.

Granada fue entregada por Boabdil,³ el último rey moro, después de un largo y humillante sitio, precedido de irreconciliables conflictos entre los grupos musulmanes, que presagiaban el destierro de miles de personas. Tres meses después de la toma de Granada, se decretó la obligación de los judíos de escoger entre el bautismo o el exilio. Un plazo de cuatro meses les fue fijado para que salieran del reino, sin bien alguno ni derecho a conservar sus propiedades. Muchos huyeron hacia Portugal donde encontraron asilo. Poco después los moros corrieron la misma suerte, siendo expulsados definitivamente en 1502. Muchos huyeron hacia el Magreb donde encontraron asilo. En el *interim*, en 1478, la Inquisición a través del Santo Oficio tomaba la dirección de la persecución y el control religioso-político de la población disidente.

Miles de personas desbordaron las fronteras del sur de España, atravesaron Fez y muchos continuaron hacia el sur, en dirección a Timbuctu, en Malí. El temor de la conquista de Melilla, en la costa africana, por parte de los castellanos justificaba la migración hacia el interior del continente. Dentro de los refugiados que se amontonaban en las ciudades magrebíes, muchos sólo tenían como oficio el de las armas. Habían sido parte de los ejércitos del sur español, y habían participado frente a los católicos en múltiples batallas. Su experiencia los hizo colocarse con hombres de fortuna urgidos de guardias de seguridad y los hizo integrarse en los múltiples ejércitos del norte y occidente africano. El derrame de exsoldados y sus familias continuaría a lo largo del siglo XVI.

³ Para una lectura de la época, ver las novelas de Amin Maalouf, *León el Africano*, Madrid, Alianza, 1988, y de Antonio Gala, *El manuscrito carmesí*, México, Planeta, 1997.

Malí, por su parte, vivía sus propios cambios políticos y nuevos grupos se hacían del poder. Hacia 1492-1493 el Askia Mohammed había llegado al poder, después de un cruento golpe de Estado. Mientras los sueños de Colón alimentaban el colapso indígena, el Imperio de Songhai se perfilaba a través de Mohammed como el más poderoso y extenso reino en el oeste africano. Pero su capítulo llegaba a su final hacia 1593, cuando una invasión militar proveniente del Magreb, compuesta por muchos granadíes, atravesaron el Sahara, y destruyeron al otrora glorioso reino, poniendo fin a la cohesión interna del África occidental.⁴ Un nuevo soberano se instalaba en el siglo XVII, y con él se iniciaba una nueva coyuntura, donde el tráfico de esclavos sería uno de sus elementos.

Pero antes de que las tropas castellanas cristianas se asentaran en el norte de África, o los granadíes en Malí, los marinos portugueses habían llegado a la costa del actual Ghana en 1482, atraídos por el oro de la región e interesados en difundir su religión. En Benin hicieron el mismo intento, pero sus dirigentes los Obas no mostraron ningún interés. Esto no impidió que algunas personas se convirtieran, aprendieran portugués y fueran traductores de los marineros y comerciantes que visitaban la región atraídos por la riqueza áurea, entre los cuales se encontraba, entre 1482 y 1484, un genovés llamado Cristóbal Colón.⁵

Más hacia el sur, justo en la región ecuatorial, avanzadas de misioneros habían tomado posesión de algunos sitios estratégicos en la región Congo-Angola. La presencia católica había empezado poco antes que en América. Los portugueses se habían instalado en la segunda mitad del siglo XV en la isla de Sao Tomé, sitio de importantes plantaciones que empleaban mano de obra esclava en el cultivo de la caña de azúcar. Los trabajadores provenían de las áreas de la costa continental, de la región Guinea-Nigeria. Después de dificultades en el abasto de trabajadores, los portugueses iniciaron el traslado desde las cristianizadas tierras del reino del Congo, donde la monarquía había dado su adhesión a la nueva religión y sus súbditos la practicaban.

Para 1483 el rey Mbanza Kongo, el Mani Kongo y en 1491 el Mani Soyo se habían convertido al cristianismo. Pronto los intentos de los misioneros por intervenir en la sucesión a través de la prohibición de la poligamia, agrietaron las relaciones políticas. La muerte del Mani Kongo en 1506 dio lugar al ascenso de su hijo Mvenga Nzinga, que gracias al apoyo portugués gobernó hasta 1543. A pesar de las lealtades derivadas de la coyuntura, el nuevo gobernante, bautizado como el Rey Alfonso, encabezó la lucha contra la depredación que causaba la "esclavización" de la población por parte de los portugueses.⁶ La segunda mitad del siglo XVI está salpicado de constantes guerras entre los diferentes reinos de la región, siempre con la intermitente presencia de los portugueses, unas veces aliados con los del interior, otras con los del norte, y otras con los del sur, dividiendo toda posible alianza local. Un ciclo de hambrunas, enfermedades y cientos de refugiados que huían de las

⁴ Lovejoy, Paul, "La vie quotidienne en Afrique de l'Ouest au temps de la Route des Esclaves", en *Diogene*, no. 179, p. 3, 1997.

⁵ Wyatt, MacGaffey, "Europeans on the Atlantic coast of Africa", en Schwartz Stuart B., *Implicit Understanding*, Cambridge University Press, p. 252.

⁶ MacGaffey, *op. cit.*, pp. 253 y 254.

guerras entre los diferentes reinos como de la “esclavización”, caracterizó al siglo XVII.

La región: América Central

América Central despertaba en el siglo XVII después de un intenso período de conquista⁷ militar que desestructuró a las sociedades locales, en algunos casos de manera rápida y fulminante, como en Honduras, en otras lenta y tardía, como en Costa Rica. Después de culminado el control de los principales centros de población indígena y después de creadas las principales ciudades coloniales, cuatro productos: esclavos indígenas, cacao, añil y plata, permitieron a las primeras élites españolas sentar las bases de una primera “acumulación de capital” en el Reino de Guatemala, en el siglo XVI.

La producción de cacao fue la principal actividad económica que activó la dinámica social del siglo XVI en Guatemala y El Salvador, sobre todo en las regiones de Soconusco e Izalcos, tradicionales regiones indígenas productoras de cacao. La producción de añil tomó el relevo a mediados de 1570, para convertirse en el siglo XVII en la actividad motora de la élite. Esfuerzos menores pero importantes se desarrollaron en torno al bálsamo y a la zarzaparrilla, particularmente después de 1570.

La minería se desarrolló con particular énfasis en Honduras. El primer ciclo duró aproximadamente treinta años, sin duda, lo más cercano a las expectativas creadas en el imaginario de los primeros conquistadores españoles. El ciclo se inició en 1530, cuando también se explotó oro, aunque en menor cantidad en Honduras, Nicaragua, Chiapas y Guatemala, provocando desplazamientos de población indígena, entre 1539 y 1542, y finalizando hacia 1560 aproximadamente con un breve repunte poco tiempo después.⁸

Otra de las actividades, y sin duda la mayor demostración de la ausencia de visión de mediano plazo del incipiente modelo colonial, fue la “esclavización” y venta de los indígenas, principalmente de Nicaragua y Nicoya, que sumada a las pestes y hambrunas diezmaron a la población en poco más de 20 años. Sólo en el caso de Nicaragua, indica McLeod, ésta se redujo en cerca de un 90% en el período comprendido entre 1520 y 1540, de 600,000 tributarios estimados sólo quedaron 6,000 hacia mediados de la centuria.

Es en ese período de articulación de actividades económicas y derrumbe demográfico cuando observamos la presencia de población de origen africano en Centroamérica. Los primeros en llegar fueron los esclavos de servicio que acompañaron a los militares en la toma y conquista del territorio centroamericano. Luego

⁷ Sobre la conquista española en la región centroamericana, ver entre otros Kramer Wendy, George Lovell y Christopher Lutz, “La conquista española en Centroamérica”, en *Historia General de Centroamérica. El régimen colonial*. San José, FLACSO, 1993.

⁸ Ver McLeod, Murdo, *Historia socioeconómica de la América Central española, 1520-1720*, Guatemala, Editorial Piedra Santa, 1980, capítulos 2 y 3, donde presenta un análisis detallado de cada una de las actividades económicas y los ciclos que conformaron.

fueron los trabajadores de la minería, en condición esclava. En Nueva Segovia esclavos africanos trabajaron en las actividades áureas. Lo mismo en la explotación de oro y plata en Olancho y Río Guayape, Honduras, en 1542, hasta su declive como principal productor hacia 1560.

Otra actividad donde encontramos población de origen africano, esta vez libre, es en la producción de añil. Mulatos y castas trabajaron en actividades añileras durante el siglo XVII, en parte como resultado de las prohibiciones a la participación de indígenas en estas actividades.

La provincia de Costa Rica

Al finalizar el régimen colonial, el área ocupada por los españoles en Costa Rica no era mayor a los cinco mil kilómetros cuadrados, si exceptuamos el Corregimiento de Nicoya que se agregó más tarde. La provincia estaba dividida en tres zonas de paisaje diferente: la del Caribe, con Matina y su valle, la de las tierras templadas del Valle Central, y la del Pacífico Central, donde se encontraba la ciudad de Esparza.⁹

La provincia pronto se convirtió en una zona de paso, un corredor entre otros polos de mayor complejidad colonial, como lo fueron Nicaragua, Panamá y la misma Guatemala, capital de Reino del que era parte. Fue el último territorio por conquistar, con expectativas forjadas al calor de las grandezas de Nueva España, Perú y Guatemala. La parte noroeste del país quedó integrada rápidamente a la dinámica de Nicaragua, el resto de la provincia —región central, Pacífico y costa atlántica— quedó al margen hasta la segunda mitad del siglo XVI, e incluso muchas áreas del territorio quedaron sin conquistar.

La conquista se ejecutó desde Guatemala y Panamá y fue una continuación de la ocupación de Mesoamérica y como última opción después de agotados los espacios en Guatemala, Nicaragua y Perú. Muchos de los conquistadores tenían ya una amplia experiencia militar, provenían de Nicaragua, Guatemala, San Salvador y México, y les precedía una experiencia acumulada de cuatro décadas.¹⁰

Un elemento constante de la dinámica colonial en la América del Pacífico, indica el Dr. Solórzano, fue el agotamiento de los espacios de lucro para los españoles, lo que provocó importantes desplazamientos de población española en busca de nuevas regiones, y llevó en parte a Guatemala y Panamá a disputarse su frontera, el territorio de Costa Rica.¹¹

Una rápida observación de las huestes que penetraron en el territorio costarricense durante los primeros cincuenta años confirma que al igual que en muchas regiones de América Latina, éstas movilizaron una cantidad importante de hombres de diverso origen. Algunos ejemplos se muestran en el Cuadro 3.

Todas las acciones militares en la primera etapa de la conquista presentaron el mismo patrón: una rápida incursión militar, saqueo, retorno. Su fin fue la obten-

⁹ Meléndez, Carlos, *Costa Rica: tierra y poblamiento en la colonia*, San José, Editorial Costa Rica, 1978, p. 69.

¹⁰ Quirós, Claudia, *La era de la encomienda*, San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1990, p. 45.

¹¹ Solórzano, *ibid.*

Cuadro 3
IncurSIONES durante el siglo XVI

<i>Año</i>	<i>Jefe militar</i>	<i>Hombres en armas</i>	<i>Origen</i>
1519	Pedrarias Dávila	115	—
	Juan de Castañeda	40	—
	Andrés Niño	51	—
1522	Gil González	500	100 españoles 400 indígenas
1529	Pedrarias Dávila y Martín de Estete	150	—
1534	Felipe Gutiérrez	400	—
1539	Alonso Calero	125	125 españoles y numerosos indígenas
1540	Hernán Sánchez de Badajoz	60	—
	Rodrigo de Contreras	530	90 españoles 440 chichimecas algunos esclavos negros
1543	Diego Gutiérrez	60	—
1546	Cristóbal de la Peña	130	—
1560	Juan de Cavallón	90	—
	Juan Estrada Rávago		españoles, mestizos, indígenas y esclavos negros
1562	Juan Vázquez de Coronado,	80	más indios auxiliares
1563	Juan de Ovalle	50 + 180 = 230	
1568	Perafán de Rivera	40	
1570	Perafán de Rivera	98	más mestizos y mulatos de Nicaragua
1573	Anguciana de Gamboa		30 negros para minas
Total		2,699	

Fuente: Los datos fueron extraídos de Juan Carlos Solórzano, "Campanas de exploración y conquista de Costa Rica", Serie Avances de Investigación no. 54, Centro de Investigaciones Históricas de América Central.

ción de un botín que permitiera la recuperación del dinero invertido, que a título personal, se había colocado en las empresas militares.¹² Pero la resistencia y oposición de la población local, determinó en buena medida el fracaso de muchas de ellas. Tal fue el caso de la región atlántica que además contó con la dificultad del terreno, una región montañosa de alta pluviosidad.

Las primeras incursiones corresponden a campañas de exploración, siendo la verdadera ocupación posterior a 1561. La observación de los datos anteriores revela que el espacio de lo que sería la provincia de Costa Rica fue a mediados del siglo XVI una área de desplazamientos intensivos, intermitentes, de grupos de población tanto española e indígena como mulata y negra proveniente de la región centro-

¹² Solórzano, *ibid.*

americana. En 1560 Juan de Cavallón, Estrada Rávago y Perafán de Rivera en 1570, como Anguciana de Gamboa, tres años más tarde, trajeron entre sus hombres, negros y mulatos libres y esclavos que participaron en la fundación de los primeros asentamientos y ciudades españolas.

Si bien no todos estos movimientos de población tuvieron una presencia prolongada en el territorio, algunos de ellos, sobre todo los de la segunda década del siglo, afectaron las condiciones de vida de los indígenas. Debió darse una disminución del *stock* de alimentos de las comunidades ubicadas en las zonas aledañas a las rutas de las huestes, obligadas a entregar parte de sus cosechas para alimentar a cantidades importantes de hombres en guerra, trabajadores de servicio y cargadores. Otras optaron por la estrategia de “tierra arrasada”, es decir, la quema de los cultivos para impedir que los españoles los tomaran y la huida hacia regiones del interior. La tala de árboles para la reparación de barcos, la construcción de empalizadas, fogones y solares provisionales donde dormir, a su vez, debieron modificar la calidad y cantidad de los recursos naturales a lo largo de las rutas de conquista.

Los combates dispersos a lo largo del siglo desgastaron a las comunidades indígenas. Por un lado, se operó una distorsión del uso de la fuerza de trabajo; una cuota se distrajo para cubrir las necesidades de los españoles o para repelerlos. Por otro, la estructura política se desgastó a lo largo del siglo al tener que participar en acciones militares dispersas, elaborando estrategias de defensa y ataque, una de ellas la huida que, entre otras consecuencias, vació el espacio de acción política de los gobernantes locales.

Por último, se debió de dar un desgaste psicológico producto del temor creado por la información que, desde la llegada a Guatemala de las primeras tropas españolas, circulaba por la región.

En resumen, a lo largo del siglo las huestes provocaron un lento proceso de desgaste social y a través de la depredación, el agotamiento y modificación del espacio y sus recursos naturales, que explican junto con las enfermedades el fuerte descenso demográfico indígena y la huida e irreductibilidad de muchos de los sobrevivientes.

Una vez en la provincia de Costa Rica, el poder español se afianzó a partir de las áreas costeras, y en ese contexto fue el Pacífico el asiento del primer núcleo dinamizador colonial y la puerta de entrada hacia el interior. Hacia 1577 se habían fundado catorce ciudades, la mayoría en la región central de la provincia, región de mayor concentración indígena, y en la costa del Pacífico. El acto de fundar y de poblar ciudades fue el mecanismo oficial y jurídico utilizados por los conquistadores, fundadores-pobladores, para la obtención de privilegios, como el de tener preferencia en los cargos de la administración colonial, rangos militares, otorgamiento de encomiendas, tierra y *status* de “hijosdalgo”.¹³ La mayor parte de las ciudades estuvieron localizadas en un área muy reducida. En el transcurrir del tiempo los polos de población se desplazaron de las costas al centro de la provincia, proceso que se consolidó con el asentamiento definitivo de la capital, Cartago, como resultado de dos factores principales: la búsqueda de mano de obra indígena, y la mejor calidad del clima y de las tierras.

¹³ Quirós, Claudia, *op. cit.*, p. 66.

Las ciudades fueron más bien asentamientos simples, con un número reducido de pobladores, apenas suficientes muchas veces para conformar cabildos, y que pronto por la falta de capacidad económica y política desaparecieron. El reiterado interés, continúa Claudia Quirós, por fundar, trasladar el asiento de las ya fundadas y por poblar, fue más la expresión de ese interés por obtener privilegios que por crear asentamientos estables y duraderos.

Pero lo que hizo viable el proyecto colonial en la provincia de Costa Rica fue la distribución de la mano de obra, los tributos y las tierras. Las primeras encomiendas las repartió el gobernador Perafán de Rivera en 1569, más de veinte años después de promulgadas las Leyes Nuevas que intentaban proteger a los indígenas de las manos de los encomenderos. La distribución se hizo muy tarde con respecto al resto de la región centroamericana y fue una respuesta ante la amenaza de los españoles de abandonar la provincia. Del total de 306 hombres en armas que ingresaron con Juan de Cavallón, Juan Vázquez de Coronado, Perafán de Rivera y Pedro Venegas de los Ríos, presentes en Cartago en 1569, sólo 85 recibieron pueblos y parcialidades con un total de 21,199 indígenas otorgados. La Corona se quedó con tres, que comprendían 2,700 indígenas, cuyos tributos se utilizaron para solventar los gastos administrativos de la provincia.¹⁴

Igualmente se procedió a otorgar mercedes de tierras, cuya propiedad estuvo vigente hasta el siglo XIX,¹⁵ produciéndose una temprana concentración de la propiedad territorial en manos de los encomenderos. Después de 1591 fueron eliminados los repartimientos de mercedes de tierra, y quedaron como alternativa la composición y los denuncios, los cuales requerían de un pequeño capital, lo que limitó el acceso a la tierra a los españoles y criollos pobres.¹⁶

Por último, los encomenderos se vieron beneficiados con la apropiación de los cargos administrativos civiles y eclesiásticos.¹⁷ Los puestos de teniente de gobernador, alcalde de la Santa Hermandad, alcalde ordinario, procurador de síndico, mayordomo, alguacil mayor, fiel ejecutor, corregidor o juez de los naturales, regidor, oficial real de hacienda, escribano, vicario provincial, juez eclesiástico y comisario del Santo Oficio estuvieron, la mayoría, en manos de los encomenderos y sus descendientes. Y en el caso de los dos últimos puestos, en manos de los descendientes de dos encomenderos: Juan Solano y Francisco de Ocampo Golfín, importantes en la compra y venta de esclavos. Situación similar se dio con la fundación de cofradías, donde los cargos de priostes, mayordomos y diputados quedaron monopolizados por los descendientes de aquéllos. El resultado fue la conformación de una pequeña élite que, a diferencia de otras del Reino de Guatemala, no fue desplazada del poder y entró en contradicción permanente con los gobernadores y representantes de la Corona en el siglo siguiente.¹⁸

La mayor parte de la población española vivió en el siglo XVII dispersa, con dos ciudades como ejes, Cartago en el Valle Central y Espíritu Santo de Esparza en

¹⁴ Quirós, *ibid.*, p. 70.

¹⁵ Quirós, *ibid.*, p. 77.

¹⁶ Quirós, *ibid.*, p. 81.

¹⁷ Quirós, *ibid.*, p. 85.

¹⁸ Quirós, *ibid.*, pp. 86-89.

el Pacífico, la cual perdió su importancia en el transcurso del siglo XVII. La población indígena por su parte vivía en los pueblos de indios, en las tierras sin conquistar de Talamanca y en la región de los indígenas votos, al noreste de la provincia, mientras la población negra, mulata, parda y mestiza vivía dispersa en las áreas centrales y el Pacífico.

La ciudad del Espíritu Santo de Esparza y su puerto fueron fundamentales para la economía del Valle Central y en particular para Cartago, la capital. Fue el principal puerto del Pacífico por donde ingresaron productos y esclavos destinados al interior de la provincia. Estuvo influenciada por las actividades económicas del Golfo de Nicoya: los astilleros, la ganadería y la comercialización de los tributos en especie. Este ciclo comercial se desarrolló a finales del siglo XVI y culminó en la primera década del siglo XVII. Por mar, además, permitía el comercio regional con el puerto de El Realejo, en la costa pacífica de Nicaragua y el de El Callao en Perú. En la región se cultivaba maíz, plátano, cacao, caña de azúcar,¹⁹ y se criaba ganado, tal vez el producto motor. En 1687 la ciudad fue destruida, luego de tres años de reiterados ataques de los piratas, y quemados el cabildo, los archivos y la ciudad, pero mantuvo su condición de sede administrativa en una área que se extendía desde el Río Tárcoles hasta El Tempisque; en 1787 se le segregaron los valles de Bagaces.

En los inicios del siglo XVII, la infraestructura de la ciudad de Cartago era pobre, sus casas eran de adobe con techos de materiales perecederos, como la paja y la palma. Fue después de 1632 cuando aparecieron los techos de teja y las casas fueron rodeadas de cercas de bahareque. Sin embargo, los vecinos del casco se beneficiaron desde 1609 de algunos adelantos como las acequias y caños que surtían y evacuaban el agua de las viviendas.²⁰

Tuvo la capital cinco centros religiosos durante el siglo XVII: la iglesia —derribada por su mal estado y vuelta a reconstruir en 1693— y el convento de Santo Francisco, la ermita de Nuestra Señora de la Soledad, la ermita de San Nicolás Tolentino, la ermita de San Juan y, por último, la iglesia principal, con techo de paja, en muy mal estado durante la primera mitad del siglo. Fue reconstruida de cal y canto a finales de siglo.²¹

Uno de los principales problemas que afrontaron las construcciones de la ciudad, como el ayuntamiento, la sala de armas, la cárcel, oficina de gobernadores, contaduría, iglesias, y lo mismo las viviendas particulares, fue la carencia de tejas y ladrillos. Éstos eran producidos en El Tejar por indígenas, pero la irregularidad del mercado, con períodos de gran demanda seguidos de períodos de escasa venta, habría provocado el cambio sucesivo de administración a lo largo del siglo.

La ciudad, según Chavarría, fue organizada utilizando el trazado reticular. Como ejes de la vida social estaban la Iglesia, las casas de cabildo, la cárcel, la sala de armas, y la plaza principal. Cincuenta y siete viviendas componían el núcleo urbano en 1608, treinta más se habían construido para fines de siglo. En los cuadrantes

¹⁹ Calzada Carboni, María Elena, "El Pacífico Central y el Valle Central de Costa Rica 1560-1650: Posibilidades de la arqueología en el estudio de la historia colonial", tesis de Licenciatura en Antropología, Escuela de Antropología y Sociología, Universidad de Costa Rica, 1994, p. 125.

²⁰ Calzada, *ibid.*, p. 160.

²¹ Calzada, *ibid.*, pp. 166-173.

principales vivía la élite que dispuso de terrenos de media manzana para la construcción de sus casas, aunque este espacio se fue reduciendo en el transcurso del siglo por redistribuciones al interior de los grupos familiares, por medio de herencias, matrimonios y dotes. Esta tendencia a la disminución de las propiedades de mayor tamaño llegó a su extremo hacia finales de siglo cuando sólo el 4 por ciento conservaba terrenos de media manzana. De igual magnitud fue el fraccionamiento del resto de la propiedad, que llevó a la aparición de propietarios de 1/8 y un aumento de los de 1/3 de manzana, posiblemente provocado por una mayor presión demográfica sobre el casco de la ciudad, producto de los nuevos matrimonios, sus hijos y nuevos pobladores.²² A pesar de la carencia reportada de falta de trabajadores y materiales para la construcción, la capital mantuvo un lento pero constante crecimiento de su infraestructura habitacional. El área de la ciudad se extendió hacia el este y norte, aunque no todas las manzanas fueron ocupadas y algunos espacios quedaron sin propietario. El espacio de los edificios públicos, por el contrario, se fue reduciendo, posiblemente debido a la precariedad de las cajas reales que no permitían mantener, mucho menos ampliar, las construcciones.²³ En el Cuadro 4 podemos observar la distribución de solares, el proceso de crecimiento y fragmentación del espacio urbano habitacional.

Por su parte los vecinos pobres padecieron grandes necesidades lo que llevó a muchos a vivir en las cocinas por la ruina de sus casas y a juntarse dos o tres vecinos en una vivienda, concluye la investigadora.

De tal suerte la ciudad de Cartago era en el siglo XVII una pequeña ciudad, más rural que urbana, como la mayoría de la América española, compuesta por poco más de veinte cuadrantes, donde vivía la élite colonial. Sus bienes, sobre todo los suntuarios, nos muestran a un grupo que gustaba de las joyas, de las telas importadas y de los muebles. Tenían una preocupación por reconstruir el universo distante de la España originaria. Llamen la atención los objetos del mundo privado,

Cuadro 4
Distribución del espacio urbano en la ciudad de Cartago

Año	Núm. de viviendas	Porcentajes de los solares según tamaño			
		1/2 Manzana	1/4 Manzana	1/3 Manzana	1/8 Manzana
1608	57	32	68	0	0
1630	55	20	80	0	0
1650	70	12	80	8	0
1670	82	13	62	15	0
1690	87	4.5	37	40	18.5

Fuente: Chavarría, "El cabildo. "El Cabildo de Cartago (1564-1750)", tesis de Licenciatura en Historia, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional, Heredia, Costa Rica, 1979.

²² Chavarría, Sandra, "El Cabildo de Cartago (1564-1750)". tesis de Licenciatura en Historia, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional, Heredia, Costa Rica, 1979.

²³ *Idem.*

preciosistas, muchas veces en contraste con el mundo externo de las viviendas, bastante austero.

Las viviendas eran sencillas, algunas de ellas fueron de adobe, otras de madera y por último de paja. Las habitaciones principales y la cocina fueron los espacios de mayor esmero. Los muebles del cuarto principal contaban con su cama, colchón, sábanas y cobijas, bacinilla y baúles. Juana Torres Capelazo tenía en 1698 un tapapiés de tafetán carmesí, bordado de oro, unas almohadas de baráunda, rellenas de lana con fundas, también de tafetán carmesí, un pabellón de telilla de Guatemala, lleno de lana, dos sábanas, una de ruán y otra de tela, dos colchas, una blanca y otra morada, y una frazada de cajamarca blanca.

En el espacio destinado como comedor o sala fueron importantes las sillas —16 había en casa del gobernador en 1668—, los platillos de plata, los platonos y no eran escasos los escritorios, igual que las joyas personales y los adornos: brazaletes, sortijas, aretes y gargantillas con cuentas de oro. En otra casa vecina, cuatro espejos de sala —dos grandes con marcos dorados y dos pequeños con marcos negros—, tres bufetes grandes —uno de cedro, otro de cocobolo y otro de guachipelin—, 18 sillas de cedro con respaldo, y un escritorio de cocobolo y una papelera.²⁴ Para la mesa: un mantel de tersal de Sevilla, otro con tres servilletas, dos cucharas de plata, cuatro candeleros, un almírez granado con su mano, un jarro de cobre. Y en la cocina la piedra de moler.

La ropa de vestir: paños de ruán, enaguas, mantos y sombreros. En sus roperos, Juana Torres Capelazo tenía un vestido de tafetán negro, con una falda y una casaca, tres sayas, otras dos casacas de bretaña, dos camisas de bretaña labrada, una de seda verde y otra colorada, cuatro enaguas, dos de ellas amarillas, dos pares de medias, una de pelo anaranjado, un sombrero blanco y dos pares de mangas.

Además: un baúl, dos cajitas de costura, una escribanía de cedro, dos frasqueras, seis sillas, seis taburetes con vientos y espaldares de vaquete negro, dos estrados de negro, una sombrerera, un tapete y una caja de cocobolo.²⁵

Otros bienes fundamentales que distinguían a la élite de la masa campesina, mestiza, blanca, indígena o afromestiza fue la cercanía con Dios: manteles de altar, cuadros de San Francisco o cuadros de Nuestra Señora de la Victoria, por citar sólo algunos.

Antonio de Vargas Machuca tenía cuatro lienzos de San Patricio, San José, Nuestra Señora de la Soledad y Limpia Concepción.²⁶

Las joyas no eran en la época sólo un valor estético, sino un medio fundamental de acumulación de riqueza y un reflejo del *status* social. Juana de Echavarría y Salazar, que gustaba de las perlas, tenía una soguilla con once perlas, una gargantilla de perlas y cuentas de oro, un par de zarcillos grandes de perlas y unas manillas de cuentas de oro y perlas, además, dos sortijas de esmeraldas y "un alcaburito de oro que sirve de paguela".²⁷ Su vecina Juana Torres tenía en sus joyeros, un collar

²⁴ PC851, f67, 1698.

²⁵ PC836, f5, 1687.

²⁶ PC851, f67, 1698.

²⁷ PC844, f43, 1694.

de cuentas de oro, cuatro sortijas, dos con piedras verdes, unos aretes de oro, dos pares de brazaletes, unos corales y otros ámbar.

En estos espacios se construyeron relaciones laborales complejas determinadas por factores más allá de los raciales. Por ejemplo, en casa del regidor perpetuo Fernando de Salazar trabajaban cuatro esclavos, una mujer adulta y tres niños, pero también Gila, una mulata libre, y otros trabajadores que laboraban en el trapiche (el molino de trigo), y el ganado.²⁸ Aquí debió de trabajar Segundo, esclavo de la familia, quien fue asesinado por el capitán José de Alvarado, “a garrote porque se le había resistido la noche antecedente”.²⁹

Los servicios domésticos fueron atendidos por esclavos pero también por trabajadores libres, mulatos, mestizos e indígenas, que recibían un pago por el servicio. La diversidad de las relaciones sociales al interior del trabajo doméstico pone en cuestión también la idea tradicional sobre el paternalismo que habría caracterizado a los patriarcas de la provincia de Costa Rica: como última voluntad Francisca del Castillo dispuso la venta de los hijos de Isabel, esclava —el menor todavía de pecho—, mientras que a Sebastiana, negra libre, le dejaba su “mantilla negra, unas enaguas azules y una saya vieja”.³⁰ A Salvadora, mulata libre del alférez Juan de Chaves, le dejó su patrón diez varas de rayadillo y una mula por lo bien que le había servido.³¹

Juana de Vera y Sotomayor dispuso como última voluntad que Margarita, embarazada en el momento, pasara a manos de su hija, lo mismo “que lo que pariere, multiplique y tuviere, los tenga y goce Micaela mi hija”. Mientras que a Francisca, mulata libre, que le sirvió muchos años, “además de haberle pagado sus servicios como se lo ha pagado, mando se le den ocho varas de ruán y una tela, que se compre y pague lo uno y lo otro de mis bienes”.³²

A Gila, mulata, hija de Marta, mulata libre, criada del capitán Fernando de Salazar, le dejó seis terneras como última voluntad.³³

No sólo los hijos de las esclavas nacían en la casa; también nacieron los hijos de los trabajadores libres, engrosando los servicios,³⁴ y creando al interior de los grupos familiares múltiples relaciones sociales.

El trabajo indígena

Los pueblos de indios fueron cuerpos políticos³⁵ creados con el objetivo de reasentar y concentrar a la fuerza de trabajo en áreas cercanas a los centros de asentamiento español. En algunos casos se respetó su ubicación prehispánica, en otros se asignó a

²⁸ PC825, f64, 1678.

²⁹ PC825, f64, 1678.

³⁰ PC818, f36, 1671.

³¹ PC819, f2, 1670.

³² PC813, f13, 1657.

³³ PC825, f64, 1678.

³⁴ PC804, f176, 1633.

³⁵ García Martínez, “Pueblos de indios, pueblos de castas: New settlements and Traditional Corporate Organization in Eighteenth-Century New Spain”, en *Latin America Studies*, no. 58, Centro de Estudios y Documentación Latinoamericanos, 1990, p. 105.

los indígenas otros espacios de residencia. Estas unidades políticas básicas se preservaron en el período colonial temprano a través de la encomienda y garantizaron un mínimo de organización, recursos, experiencias y estructura política —los caciques— a la colonización española.

No hay un conocimiento exacto de las características políticas de estos pueblos³⁶ en el siglo XVII debido en gran parte a la carencia de fuentes primarias. Sin embargo, es posible constatar algunos rasgos básicos. Lo primero es que los españoles utilizaron como eje el patrón de asentamiento indígena existente previamente a su llegada. Estas comunidades no fueron estáticas, primero porque la etapa de conquista y la acción militar implicó un desplazamiento de personas y comunidades, y segundo porque después de sus incursiones militares en tierras del interior, los españoles incorporaron en comunidades ya constituidas a los recién capturados. Por último, pueblos como Ayaque, Térraba y Boruca fueron creados con indígenas capturados en zonas aledañas a su nuevo asentamiento, la mayor parte se concentraba en la región central, siguiéndole en importancia la región atlántica, el Pacífico norte y el Pacífico sur. Sin embargo, el control no fue absoluto. Muchas áreas como Talamanca y la región de los Votos fueron objeto de intervención militar durante todo el XVII para someter a su población a la autoridad colonial.

Siguiendo el modelo corporativo dominante se organizaron en el Valle Central quince pueblos de indios, bajo la jurisdicción de Cartago, algunos de ellos inconstantes a lo largo del siglo como resultado de epidemias y despoblamientos. Ellos fueron: Pacaca, Barva, Accerri, Curridabá, Tobosi, Quirco, Cot, Orosi, Ujarraz, Corrocí, Tucurrique, San José Pejibay, Turrialba, Atirro y Teotique.³⁷ A estos pueblos de tipo rural, se les sumó otro, el único urbano, San Juan de Herrera de los Naboríos, fundado en 1590 y ubicado en las afueras de la capital. Todos estuvieron articulados a la estructura colonial a través de sus cabildos indígenas y los jueces de naturales, o corregidores. A los pueblos se les dotó con aproximadamente 2,660 manzanas³⁸ de tierra fértil, divididas en tres secciones, para la familia, para el ganado y para la agricultura.

La riqueza fue extraída a través de los impuestos, tributos en especie y tributos en servicios, estos últimos los dominantes en el siglo XVII, aunque también se dio el tributo mixto.

El pago de los tributos³⁹ en especie fue la base del primer ciclo económico, con Nicoya como polo económico, como lo dijimos páginas atrás. Se desarrolló en las últimas tres décadas del siglo anterior hasta 1610, cuando empezó a decaer, hasta llegar a su final, aproximadamente en 1640, como resultado del despoblamiento y consiguiente baja en la productividad de las comunidades indígenas.

La disminución del ingreso en productos obligó a los encomenderos a una diversificación de sus actividades económicas y elaborar cambios en el uso de la mano

³⁶ Para un estudio de las comunidades indígenas en el período colonial, ver los trabajos de Claudia Quirós, Elizet Payne, Eduardo Roses y Eugenia Ibarra en la bibliografía final.

³⁷ Payne, "Organización productiva y mecanismos de explotación en el área central de Costa Rica", tesis de licenciatura en Historia, Universidad de Costa Rica, 1988, mapa sin número.

³⁸ Quirós, Claudia, *ibid.*, pp. 103-104.

³⁹ Para el análisis de los tributos ver también Luis Fernando Sibaja "La encomienda de tributo en el Valle Central de Costa Rica (1569-1683)", en *Costa Rica colonial: tres ensayos*, San José, CSUCA, 1984.

de obra. Así los tributarios pasaron a prestar servicios personales y a producir productos para abastecer los mercados externos. Mientras tanto, la Corona vendía al mejor postor sus derechos de tributos en especie, cuyo efectivo regresaba a la Caja Real. Por medio de las encomiendas vacantes y las no confirmadas, logró recuperar poco a poco el control sobre la mano de obra, que continuaba tributando en especie para surtir el mercado local con nueve productos: miel, frijoles, mantas, cera, chile, cacao, sal, gallinas y maíz que representaban del 40 al 50% del tributo total.

Los tributos se calculaban de acuerdo a la tasación de 1638 donde se consideraba tributario a todo hombre y mujer mayor de 25 años, quienes debían pagar a la Corona o al encomendero según fuera el caso. Existieron también otras denominaciones de tributarios: el vacante, que pertenecía a una encomienda vencida, y el embargado adscrito a una encomienda no confirmada. Por último, estaban los laboríos, o naboríos, los no encomendados, que en su condición de vasallos libres debían pagar un tributo anual, en efectivo, en las cajas reales, de dos pesos más cuatro reales para el juez; a ello estaban obligados todos los mayores de 16 y 18 años. Su condición de vasallos libres atrajo a muchos indígenas a integrar el pueblo de San Juan de Herrera de los Naboríos.

En las listas de tributarios de 1638 aparecieron los primeros pardos, mulatos y negros libres registrados cuatro varones y doce mujeres como tributarios en las cuentas de ingresos.⁴⁰ De los tributos quedaron exonerados los mayores de 50 años, ciegos y tullidos. Hacia finales de siglo el tributo se llegó a exigir en dinero, y pronto el incumplimiento de pago se convirtió en una forma de endeudamiento y obligación de servicios personales⁴¹ y en un mecanismo de adquisición de mano de obra.⁴²

Por ejemplo, por los servicios prestados en casas de los españoles, los indígenas recibían una paga de cuatro reales por semana, cantidad insuficiente para mantener a su familia. Así, los indígenas recurrieron al préstamo y por adelantos de dinero acumularon deudas de hasta 40 pesos, las cuales sólo podían pagar con más trabajo, hasta reducirlos por este camino a perpetua servidumbre.⁴³ Esta forma de endeudamiento aumentó con el paso del tiempo, y tal como lo indicó el oidor Novoa de Salgado trajo graves consecuencias a los pueblos y a los intereses de la Corona:

por haber ocurrido así, se han disminuido mucho los pueblos saliendo los indios a servir a los españoles para pagar lo que debían, lo que ha resultado empeñarse más de lo que estaban y reducirse casi a servicio perpetuo quedando en las casas de los dichos españoles con sus mujeres e hijos desafortunados de sus pueblos.⁴⁴

En muchos casos fueron pagados con mantas y géneros de la tierra cuyo verdadero valor no era superior a los dos reales.

⁴⁰ Quirós, *ibid.*, pp. 116 y 117.

⁴¹ Sibaja, *ibid.*, p. 45.

⁴² Fernández, León, "Indios, reducciones y el cacao", San José, Costa Rica, 1977, aquí se encuentra la Real Cédula que aprobó las ordenanzas dictadas por el Oidor de la Audiencia de Guatemala Dr. Don Benito de Novoa Salgado, pp. 49-62, véase en especial la ordenanza no. 2.

⁴³ Sibaja, *ibid.*, p. 52.

⁴⁴ CDHCR, t. 1, p. 50.

Por su parte también la Corona empezó a convertir en efectivo sus tributos en especie con la puesta en remate de sus encomiendas, el 10% del total, lo que aumentó la presión sobre las comunidades indígenas. El dinero fue usado para pagar los gastos administrativos del poder colonial en la provincia.⁴⁵

Las estrategias para la consecución de fuerza de trabajo fueron a veces complejas. Así tenemos a los llamados alquilones, o indios de repartimiento, mano de obra sacada de los pueblos de indios para trabajar en los servicios de la élite colonial. Su trabajo consistía en traer agua, cortar leña, reparar casas. De acuerdo con las ordenanzas reales de 1663 aplicadas en la provincia, por cada diez indios el pueblo debía entregar un alquilón ordinario y por cada veinte un extraordinario.⁴⁶ Un ejemplo de ello es el recuento de las obligaciones de los pueblos cercanos a la ciudad de Cartago elaboradas por el síndico Cristóbal Durán de Chaves en 1663. Como vemos en el Cuadro 5, 30 alquilones ordinarios y 15 extraordinarios se extrajeron de los 11 pueblos circunvecinos. La cantidad denota ya la clara decadencia demográfica en el Valle Central.

Cuadro 5
Obligaciones de los pueblos en 1663

<i>Pueblos</i>	<i>Núm. de alquilones</i>
Barba,	6 ordinarios y 3 extraordinarios
Aserri	4 ordinarios y 2 extraordinarios
Curridabá	4 ordinarios y 2 extraordinarios
Quiricó	2 ordinarios y 1 extraordinario
Tobosí	1 ordinarios y ½ extraordinario
Co	4 ordinarios y 2 extraordinarios
Tucurrique	2 ordinarios y 1 extraordinario
Turrialba	2 ordinarios y 1 extraordinario
Ujarrasí	2 ordinarios y 1 extraordinario
Orosí	2 ordinarios y 1 extraordinario
Guicasí	1 ordinario y ½ extraordinario
Total	30 ordinarios y 15 extraordinarios: 45 trabajadores

Fuente: Fernández, León, *Indios, reducciones y el cacao*, San José, Costa Rica, 1977, p. 47.

La mayor parte de estos trabajadores fueron alquilados a los vecinos de la ciudad de Cartago para que repararan y construyeran las viviendas, obras públicas y eclesiásticas. Los extraordinarios fueron utilizados para que trabajaran en los cultivos de maíz y labranzas de trigo en las afueras de la ciudad.⁴⁷ Un indio de repartimiento ganaba tres reales por semana si vivía a cinco leguas de la ciudad, y cuatro reales si vivía a ocho leguas. Además debía llevar su comida para el día.

La escasez de trabajadores provocó un problema de mano obra tan severo que la disposición de utilizar los alquilones no se pudo ejecutar muchas veces, porque los al-

⁴⁵ CDHCR, t. 1, p. 50.

⁴⁶ Fernández, *ibid.*, p. 47.

⁴⁷ Quirós, *ibid.*, p. 118.

caldes sacaban a los indígenas de los pueblos para trabajar en otras actividades como las salinas y la extracción de miel.⁴⁸

El oidor Novoa Salado declaró ilegal el repartimiento de indios para la construcción de casas, cultivo de labranzas y atención de corrales. Este sistema, sólo permitido en la ciudad de Guatemala, fue reiteradamente prohibido en la provincia de Costa Rica por el escaso número de indígenas, decisión que provocó conflictos entre la misma élite que demandaba cada vez más trabajadores. Los conflictos entre corregidores, autoridades y criollos por la obtención de indios de servicios fue cada vez mayor conforme avanzaba el siglo. Para la Corona el repartimiento era una de las causas del despoblamiento y la falta de alimentos ya que los trabajadores eran sacados justo en el momento de las nuevas cosechas.

Otra forma de conseguir trabajadores fue a través del control por parte de las autoridades españolas de los huérfanos y viudas indígenas, a los que colocaron como empleados de servicio. El padrinazgo de los hijos de los indios de servicio o de madres solteras garantizó también un mínimo de trabajadores adyacente al núcleo familiar español.⁴⁹

Las cargas impositivas se vieron agravadas por la obligación de los pueblos de subvencionar las actividades religiosas: ornamentos, cera, festividades, etcétera,⁵⁰ como también por el tener que pagar los tributos de los muertos y de los ausentes.

El trabajo indígena fue una columna vertebral en la estructura de la Iglesia. Además del pago de tributos los pueblos estaban obligados a dar a los “padres de su doctrina una persona que les hiciera de comer, otra que hiciera tortillas, y un alquilón para que trajera leña para la cocina y yerba o zacate para la mula”.⁵¹ Para “el sustento de boca daban a cada doctrinero 30 fanegas de maíz por año y para cada día de carne una gallina y 2 reales y medio de vaca cada semana, y cuatro reales de cacao cada semana, y cada día de viernes o vigilia dos libras de pescado y un real de huevos, y si no había pescado dos reales de huevos y una botija de miel, y otra de manteca cada seis meses”.⁵²

En su informe el visitador Novoa Salgado indicó que a los muchachos que asistían a la doctrina se les encargaba además de barrer la iglesia y el convento, hilar.⁵³ Y no fueron pocos los que los mantenían todo el día tejiendo petacas, petaquillas y petates.⁵⁴ Era común que los mayores fueran mandados a teñir hilo, o a sus milpas y tabacales, dejando a los pueblos sin hombres para trabajar las milpas.⁵⁵ Por último, los pueblos debían mantener las cajas de comunidad, cuyos fondos permitieron costear los gastos de construcción de cabildos, imágenes y ornamentos para la Iglesia y manutención del fraile doctrinero.⁵⁶

⁴⁸ Fernández, *ibid.*, p. 48.

⁴⁹ Quirós, *ibid.*, p. 119.

⁵⁰ Quirós, *ibid.*, p. 121.

⁵¹ Fernández, *ibid.*, p. 57.

⁵² Fernández, *ibid.*, p. 57.

⁵³ Fernández, *ibid.*, p. 57.

⁵⁴ Quirós, *ibid.*, p. 125.

⁵⁵ Quirós, *ibid.*, pp. 125 y 126.

⁵⁶ Quirós, *ibid.*, pp. 108.

Acerca de la autora

Rina Cáceres Gómez es doctora en Historia, con una especialización en Estudios Africanos por el Colegio de México. Ha sido profesora de Historia y actualmente coordinadora de la Cátedra de Estudios de África y el Caribe de la Universidad de Costa Rica; desde donde se lanzó la serie documental Construyendo nuestra Nación, el aporte de las migraciones afrocaribeñas en Costa Rica. Es miembro de la Comisión de Estudios afrodescendientes del Ministerio de Educación Pública de Costa Rica y del Comité Científico Internacional The Slave Route Project: Resistance, Liberty, Heritage de la UNESCO. Fue la editora de la colección de fascículos para docentes de primaria y secundaria Del Olvido a la Memoria: historia de la población afrodescendiente en Centroamérica, publicada en San José por la UNESCO y la UCR.

Ha impartido conferencias en México, Guatemala, El Salvador, Panamá, España, Alemania, Canadá, Corea, entre otros. Además, ha publicado sobre migraciones forzadas de origen africano a Centroamérica durante el período colonial, las consecuencias de la era esclavista y el racismo en las sociedades contemporáneas, la pluralidad de las identidades y la descolonización de la historia de África.

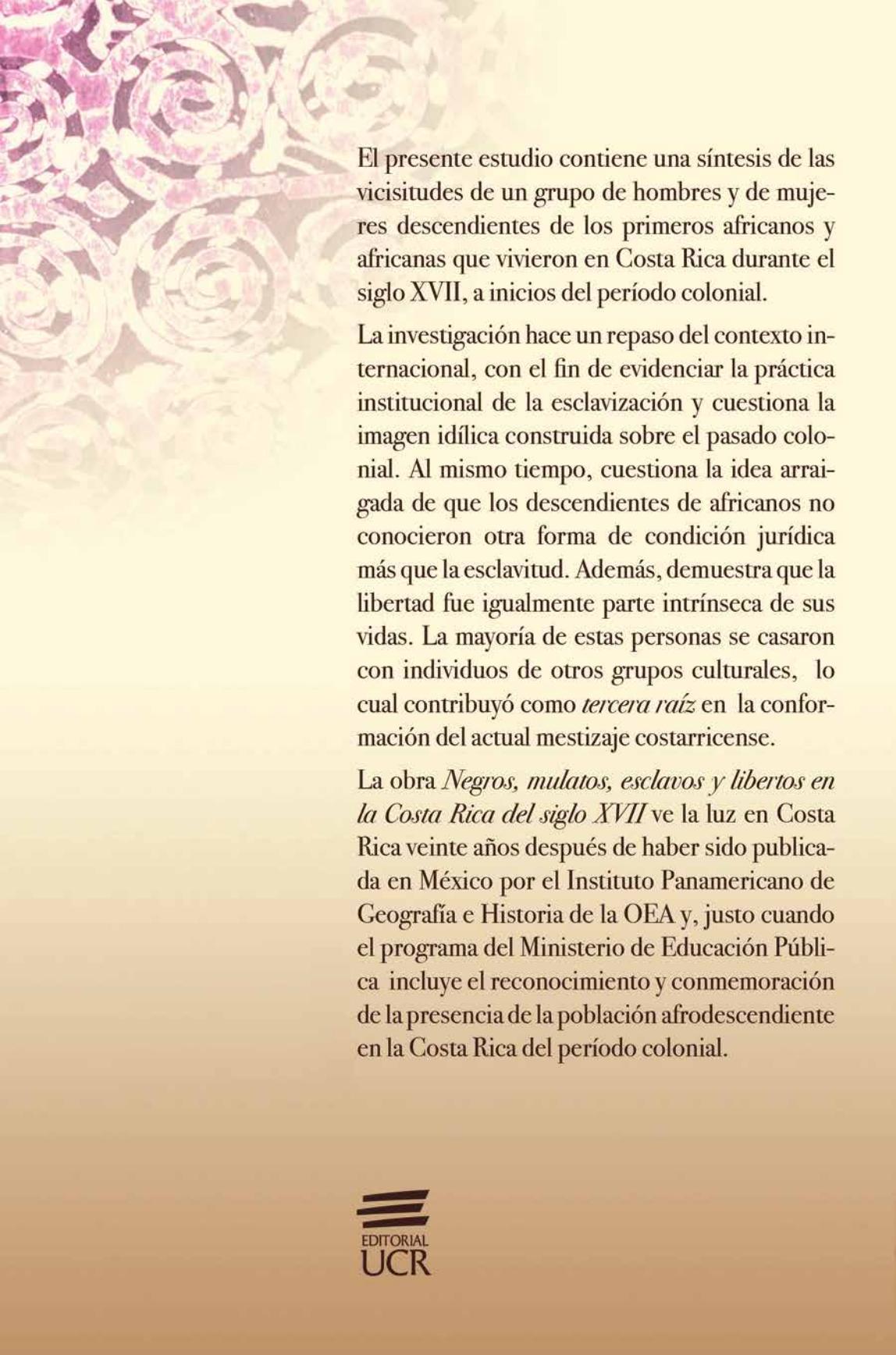
Fue parte del equipo de la Revista de Historia #39, UNA-UCR, galardonada con el Premio Nacional de Historia Aquileo Echeverría en el año 2000, por la edición especial dedicada a la población afrodescendiente en Costa Rica.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL



El presente estudio contiene una síntesis de las vicisitudes de un grupo de hombres y de mujeres descendientes de los primeros africanos y africanas que vivieron en Costa Rica durante el siglo XVII, a inicios del período colonial.

La investigación hace un repaso del contexto internacional, con el fin de evidenciar la práctica institucional de la esclavización y cuestiona la imagen idílica construida sobre el pasado colonial. Al mismo tiempo, cuestiona la idea arraigada de que los descendientes de africanos no conocieron otra forma de condición jurídica más que la esclavitud. Además, demuestra que la libertad fue igualmente parte intrínseca de sus vidas. La mayoría de estas personas se casaron con individuos de otros grupos culturales, lo cual contribuyó como *tercera raíz* en la conformación del actual mestizaje costarricense.

La obra *Negros, mulatos, esclavos y libertos en la Costa Rica del siglo XVII* ve la luz en Costa Rica veinte años después de haber sido publicada en México por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia de la OEA y, justo cuando el programa del Ministerio de Educación Pública incluye el reconocimiento y conmemoración de la presencia de la población afrodescendiente en la Costa Rica del período colonial.